

chos, y ahora, mártir vivo y victorioso la predica presentándola á la vista de todos. Entonces Benevento, Nola, Pozzuoli y la Campania fueron para él suficiente teatro; ahora no es bastante vasto el universo entero. Efectivamente, amados oyentes, á mí me parece ver ya recorrer altiva y triunfante á la Religión por todos los ámbitos de la tierra, sin mas que llevar en la mano aquella sangre inmortal, siempre latente, convirtiendo aquí á ateos, confundiendo allá herejes, y en todas partes afirmando la fe. La enseña á la impiedad, y esta, ó humildemente depone allí su orgullo, ó anonadada no le queda aliento para contrastarle la divinidad.

23. La descubre al gentilismo, y pronto confundido se rinde al nuevo prodigio, ó deslumbrado confiesa su fuerza soberana. La señala á la perfidia, y ó no quedándole á esta ni una sola de aquellas armas con que hace feroz guerra á la verdadera fe, inclina su feroz cerviz y pide paz, ó desesperada huye precipitadamente y abandona el campo entregándole la victoria. Y si luego se presenta aquella preciosísima sangre á la veneracion de los devotos, ¿cuántos y cuántos ardientes besos de devocion no le imprimen los afortunados hijos de este dichoso país? ¿Con cuántos rayos de soberana luz nos ilumina la sola vista de aquella preciosísima sangre? ¿Cómo sentimos al alma arder de amor á su vista, y cómo nos conforta en la fe y la sentimos arder en nuestros pechos á manera de un gran incendio, que no pudiendo estar comprimido desea extenderse y dilatarse fuera de nuestro ser? Bien poco falta para que en aquella preciosa sangre viésemos representado el misterio de la sangre de nuestro Salvador, las semblanzas adoradas de nuestra redencion y la divisa del augustísimo y misterioso cáliz de nuestra fe, empero que se vea en nuestros semblantes, fe en cada palabra que profiramos, y fe en todas nuestras acciones: y ¿qué otra cosa sino un suceso glorioso de fe celebramos en este augusto templo con antorchas, inciensos y flores? ¿No demuestran fe nuestra devocion, los ricos ornamentos que profusamente adornan este augusto templo, la armonía que oímos, y aquella especie de santo vértigo de que parece estar hoy dominada Nápoles, así como su Iglesia al celebrar el faustísimo día del santo Mártir? Sí, la fe triunfa, y su triunfo lo veréis brillar en los templos, en las calles y en las plazas. Por esto no debe causar extrañeza que ni por fraudes, ni ayudada de las armas, ni abierta ni ocultamente, como en otras ciudades de Europa, la herejía haya sentado jamás su nefanda y asquerosa planta en esta bella y fidelísima ciudad de Nápoles.

24. Pero ¿y cómo podria la malvada herejía venir aquí, donde con envidia de cuantas ciudades cuenta el imperio de la Iglesia católica ha querido Dios que un mártir siempre vivo perpetúe, no digo sensible, sino palpablemente, y sin que disminuya jamás, la verdad de nuestra fe? Realmente seria una cosa que llenaria de sorpresa al hombre mas sensato, si aquí donde con estupor de la misma naturaleza se adora á la misma muerte en forma de vida inmortal, se atreviera la herejía á presentar atrevida una sola de aquellas calamidades que sobre otras menos bien guardadas regiones del orbe cristiano introduce desgraciadamente. Lo que sí parece cierto es (y la larga y felicísima série de los sucesos nos lo hace creer), que las herejías no tienen fuerza contra nosotros mas que para inspirarnos miedo, porque apenas nos muestran su fiero rostro se vuelven á esconder para desaparecer precipitadamente. Y ¿quién de nosotros no se siente con ánimo para sostener, si necesario fuese, la lucha, puesto que se puede decir que desde la cuna se nos inculca la historia de los portentos de Genaro? ¿Cómo no sabríamos luchar, si á cada sorbo de leche que absorbemos del seno de nuestras madres aspiramos en beneficio de Genaro, y que con nosotros ha ido siempre creciendo la reverencia y la gratitud hácia nuestro vivo y amorosísimo Protector? Y ¿qué otra cosa son, amados oyentes, estos suntuosos templos que levantan hasta las nubes sus majestuosas cúpulas, estas risueñas plazas, este ambiente que siempre y en todas las estaciones es tan suave, esta paz que disfrutamos, y, en una palabra, esta felicidad que nos rodea, qué son sino beneficios que nos proporciona Genaro? ¿Cuántos contagios no ha rechazado allende el Cáucaso con un ligero soplo de su beneficencia! ¿Cuántos incendios no ha sofocado Genaro en nuestros dias con un solo movimiento de cabeza! Querer hacer ahora un minucioso detalle de los beneficios, dones y gracias que ha derramado nuestro invicto Mártir, seria empezar nuevamente mi ya largo discurso, cuando me hallo ya en el epilogo.

25. Empero vuestra amable gratitud no consiente, amados oyentes, que deje de recordaros aquel día fatal (hace poco menos de dos lustros que pasó) que todo el mundo creía que era el último de nuestra vida. Os acordaréis, y ¿á quién no se quedaria profundamente impreso aquel horroroso día en que se enfureció contra nosotros el siempre tremendo y enemigo Vesubio! os acordaréis, digo, como el terrible monte oscureció el sol con sus densísimas columnas de humo, en términos que el dia se trocó en noche, de tal

modo, que nadie veía por dónde andaba ni cómo poder librarse del volcan. Únicamente cada vez que arrojaba una de sus espantosas mangas de fuego podíamos ver lo que nos rodeaba, pero nos hacía comprender á la vez con sus horribles mugidos y vómitos de fuego el peligro que nos amenazaba. Caía al mismo tiempo sobre esta consternada ciudad (del mismo modo que en otro tiempo sobre la famosa Pentápolis) una espesísima lluvia de cenizas arrojadas por el volcan, que amenazador hacia temblar horrorosamente la tierra, mugiendo con mayor furia á cada momento. Cada lamento nuestro parecia que era contestado con un trueno, lo que hacia que volviessen nuestros suspiros á encerrarse asustados en nuestro pecho. En fin, era tan amenazador el volcan, que cortaba la palabra, nos impedía el sueño, y hasta secaba nuestras lágrimas con el espanto. ¿Te acuerdas, ó mi querida Nápoles, como ya te creías perdida, y esperabas el fatal momento en que arrasados por el fuego tus templos, tus palacios y tus soberbios edificios, abrasadas tus glorias y tus delicias, quedases convertida en polvo para servir luego de monumento de horror y de compasion al pasajero? ¿A nosotros no nos quedaba en suma más que un vivísimo deseo de poderos salvar... ¿y las plegarias y los rezos? ¡ah! el mismo terror no nos dejaba ni aun la fuerza ó aliento para dirigirnos al cielo en tan horrible trance. Si no hubiese inspirado Genaro al buen pastor que regia la Iglesia de Nápoles que opusiese á los furiosos del monte la proteccion del santo Mártir, sin remedio hubiera sido aquel el último dia de nuestra vida y de la existencia de la hermosa capital. Efectivamente, apenas aparece por las calles la victoriosa cabeza del Mártir siempre vivo, que nos concedió el primer beneficio, cual fue permitirnos que pudiésemos dirigirle nuestras súplicas, ¿puede figurarse nadie la confianza que nos infundió? Lo acompañamos llenos de seguridad, lo invocamos alentados, y llorando le pedimos nos salvara de tan inminente ruina. Á cada paso que dábamos se aumentaba nuestra tranquilidad no menos que nuestra confianza, y entonábamos salmos, redoblando el sonido de nuestra plegaria á pesar del ardiente diluvio de cenizas que en vano querian abrasar nuestras fauces. Finalmente, apenas divisó el soberbio monte la santa cabeza de Genaro, que cual si se viese obligado por una imperiosa señal del Santo, dió un terrible crujido y arrojó una inútil saeta por respuesta como si en su lenguaje hubiera querido decir: obedezco. Levantando en alto los sacerdotes la sagrada cabeza miró al rededor, é inmediatamente hizo ademan de sonreirse el cielo, y

empezó á disiparse aquella lúgubre oscuridad, enmudeciendo el horrible rumor y apareciendo menos altivas las llamas; y por último, en pocos momentos sobre el monte no quedó sino, como de ordinario, una pequeña nube de humo.

26. Pero á la verdad, que yo mismo no sé, amados oyentes, por qué me he detenido tanto en querer persuadiros de que todavía vive entre nosotros nuestro precioso Mártir, como si no estuviéseis completamente seguros de esta verdad, del mismo modo que lo estais de que vivís. ¡Y cómo no! si viniendo á ser su preciosísima sangre instrumento y órgano de nuestra vida (iba á decir casi sangre de nuestras venas), alimento y luz de nuestro corazon, por sus milagros se purifican nuestros afectos, y son mas cristianos y comedidos nuestros deseos. Se mueve aquella preciosa sangre... hé aquí en movimiento todo nuestro amor. Si vivificada salta, hé aquí que en ella ponemos todas nuestras esperanzas. Si en cambio se paraliza y coagula, ¡ah! qué mortal palidez cubre nuestros rostros! Si se disuelve amorosa, ¡cómo corre por nuestras venas ardiente calor de vida! de modo que casi podemos afirmar con toda seguridad que Genaro vive en nosotros, y nosotros en Genaro. ¡Oh prodigiosísima sangre; hermosa, gloriosa y felicísima vida, la cual no pudo empañar de modo alguno el largo tiempo transcurrido y la sucesion de tantas edades! ¡Cuántos reinos y naciones desde entonces acá han nacido, florecido y dejado de existir, y cuántas generaciones no se han sucedido! ¿No cava hoy la rústica azada del labrador en las ruinas del antiguo Nola? ¿No se atasca el arado en los dispersos restos de la famosa Capua? ¿No crece la ortiga silvestre en aquellos mismos terrenos donde existió un dia la famosa Linternio, y la misma reina del Lacio, la señora del mundo no dobló su majestuosa altivez y grandeza ante la injuria del tiempo y los obstinados asaltos de los extranjeros, viéndose hoy esa soberbia ciudad convertida en sepultura de sí misma; de tal modo, que el peregrino encuentra diseminados los huesos en su esqueleto en las que fueron arenas de sus anfiteatros, en las termas y en otros puntos, medio enterrados ó incrustados en modernos pórticos y palacios?... Se sucedieron los pueblos, las naciones, las familias, los hijos, los padres, y lo mismo que sucede con las olas del mar, que se condesan y van á morir en la playa, así tambien desaparecieron los elementos de poder de nuestra antigua Lacio.

27. Sin embargo, en medio de tantos estragos y ruinas, entre la apiñada sucesion de tanta muerte, en el seno de tantas revoluciones

ciones y convulsiones del mundo vive Genaro, sí, todavía vive en su sangre el invictísimo Mártir. Y cuando los opulentos príncipes de la tierra, hoy día reinantes, á pesar de su reluciente corte, de sus terribles y formidables ejércitos, de su poder y de sus victorias, verán desaparecer la memoria, con el transcurso del tiempo, hasta de sus nombres... todavía vivirá Genaro, sí, aun la fama publicará su nombre por el universo, y lo entregará á la historia, á la inmortalidad, á la fe y á la Iglesia, á Nápoles y á todo este felicísimo reino, protegiendo y conservando en este siempre viva é incorrupta la piedad y la Religion, sin dejar jamás de combatir como siempre á la impiedad, al error y á la incredulidad.

28. Y ¿qué quisiérais mas, amados oyentes míos, despues de haberos hecho admirar en nuestro augustísimo Mártir y Protector una vida, en la cual quiso Dios que por obra de un prodigio tanto mas admirable cuanto que está á la vista de todos, sobreviviese despues de haber pasado ya algo mas de catorce siglos? ¿Pretendeis acaso que agotadas mis fuerzas os hable todavía de aquella imperecedera vida que gozará Genaro allá en el cielo? Esto seria para mí lo mismo que quererme engolfar en el vasto océano sin esperanzas de poder hallar el rumbo necesario para salir á la orilla.

29. Pero si, segun el parecer del Crisóstomo, es una medida segura de la beatitud de los Mártires las penas, los tormentos y los suplicios que se sufran por la fe de Jesucristo, ¿cuál será la gloria de un mártir cuya vida fue indudablemente una no interrumpida cadena de suplicios y martirios? ¿De qué gloria no deberá gozar un mártir, el cual no vió nunca completamente satisfechos sus deseos de padecer por Dios, á pesar de los atroces tormentos que le hicieron padecer los tiranos y los prefectos, instigados por el demonio para destrozár y matar á aquel Héroe? Y si además de esto consideramos que porque en vida no dejó Genaro de ser siempre mártir, recibió de Dios la gracia de ser mártir siempre vivo, de modo que en su portentosa sangre parece que continúe todavía á padecer sin penas, á sufrir sin verdugo, á morir sin muerte y á vivir aunque muerto, ¿cuál será la altísima gloria de que gozará nuestro Santo despues de haber obrado tantos portentos? Por lo que tambien podréis colegir cuánto valor tendrá su intercesion cerca de Dios, y cuál será el poderío y valimiento de su patrocinio; pues si de ambas cosas tenemos nosotros tantas y tan envidiables pruebas, decidme, amados oyentes, decidme, ¡qué gratitud, qué devocion y reverencia no serán debidas á tan ínclito santo Mártir! ¡Oh, cuántas gra-

cias, cuántos beneficios, cuántos favores podremos esperar que nos conceda Genaro, acostumbrado á hacerlo con largueza á los que le suplican con cristiano fervor! ¿De quién, como no sea por la intercesion de Genaro, podemos esperar tranquilidad en las atroces y obstinadas tempestades que mantienen en un desesperado desasosiego á todo el mundo católico, pueda extinguir el voraz incendio que alimentado y fomentado por nuestras culpas no sabe apagarse sin que amenace consumir á la demasiado agitada Europa? Sí, invicto Mártir; sí, amabilísimo Santo: *Fiat pax in virtute tua.*

30. Hoy, glorioso Santo, por los méritos de tu poderosísima sangre cesen de oirse los bélicos clarines, y acabe de retumbar el homicida bronce. Que sea obra tuya el hacer cesar tambien las sangrientas discordias de los reyes, y que por tu mediacion desaparezcan del pecho del gran Padre de los latinos los grandes cuidados que le agitan. Por tí, en fin, gloriosísimo y poderosísimo Mártir, vuelva con su risueño semblante á consolar á la Europa aquella tan bella como ya demasiado suspirada paz: *Fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.* Amen.